

# IMAGINARIO SOCIAL EN LOS MÁRGENES DE LA MODERNIDAD

Patricia Terrero

## IMAGINARIO SOCIAL EN LA «ARGENTINA MODERNA»

Comenzaré la reflexión sobre el tema que nos ocupa tratando de analizar las señales del impulso modernizador, los surcos del «progreso» y las respuestas culturales que genera, escenificando este cruce en dos momentos, en dos etapas de la Argentina moderna y, sobre todo, en dos etapas de la cultura urbana. Quiero centrar el análisis de este proceso de transformación en algunas imágenes, señales, signos que aparecen en la historia de nuestra industria cultural, en sus géneros y lenguajes y en la historia de los universos simbólicos, los imaginarios sociales que expresa o constituye.

El impulso modernizador que en nuestro país se implanta en la segunda mitad del siglo XIX, tiende a dibujar un nuevo mapa, un nuevo rostro, una nueva geografía. Una serie de imágenes muestran aspectos de ese proyecto reordenador: imagen de expansión territorial y del transporte y las comunicaciones, del desarrollo de la agricultura y la ganadería, del crecimiento y mutación demográfica por la inmigración y de la transformación urbanística y arquitectónica de las grandes ciudades, del desarrollo de la instrucción pública y la constitución de un nuevo público lector, del cambio en las pautas de consumo y de vida de la población urbana y del aumento de la complejidad social ante el crecimiento de las clases medias urbanas y el surgimiento de una incipiente clase obrera industrial. También, completando esta visión, aparecen en este nuevo escenario imágenes de la dificultad del inmigrante de acceso a la propiedad de la tierra y su repliegue hacia las ciudades del litoral, de la situación de marginalidad del trabajador rural criollo y del indígena, del deterioro ecológico, social y cultural que se produce en ciertas regiones ante el proceso de remodelación económica y territorial que genera el modelo, de la concentración del poder económico y político en manos de la oligarquía terrateniente y la acentuada dependencia del país con respecto al capital inglés.

Si bien la heterogeneidad estructural del país preexistía a la etapa de su subordinación a las ciudades del litoral y de la inserción del país al mercado mundial, este proceso acentúa los desequilibrios al integrar algunas zonas al modelo de producción capitalista y al modificar o destruir, en otras, las anteriores formas de la economía rural y de la producción artesanal. Algunos datos configuran la nueva situación del trabajador rural: pérdida de la antigua independencia, ruptura de la economía familiar tradicional, abandono de la ganadería y agricultura de subsistencia y desintegración de la comunidad rural por la migración masculina o familiar hacia los nuevos centros productivos o las ciudades, incorporación a la nueva disciplina del trabajo asalariado. Las condiciones de vida de la población campesina e indígena no sólo no mejoran sino que entran en un profundo proceso de deterioro.

La transformación social y cultural que traía consigo la introducción del capitalismo agrario genera una serie de respuestas en la cultura popular rural: en un extremo, respuestas que manifiestan la lenta incorporación a la nueva disciplina del trabajo, a la reglamentación del tiempo, a la tecnología moderna y las nuevas condiciones de existencia y, en el otro, respuestas de resistencia individual y social, intentos de mantener las costumbres tradicionales, desplazamientos de esa disciplina, formas de rebeldía expresados en el malón o los movimientos milenaristas indígenas o personificados en el bandido rural que se convierte en símbolo, en el mundo campesino, de la resistencia del orden tradicional frente al «progreso»<sup>1</sup>. En el caso del trabajador criollo, la cultura rebelde se expresaba, también, en una resistencia pasiva a la

nueva racionalidad económica, en el mantener valores del mundo católico y la cultura tradicional donde no existían ni los hábitos de ahorro y la acumulación ni las concepciones del tiempo y del trabajo propios -como explicaría Weber- del temperamento puritano y el «espíritu capitalista».

La reseña de estos hechos que atravesaron esta época de la historia rural, no es ajena a la construcción de una matriz en el imaginario colectivo que recorre la literatura y el espectáculo popular urbano y rural desde fines del siglo XIX.

En Buenos Aires, por otra parte, el proyecto moderno trastocaba también la geografía urbana y social, las costumbres, experiencias, sensibilidades y las identidades sociales. Una magnífica y heterogénea ciudad se adosaba o superponía a la «gran aldea» colonial y a la ciudad del período posterior a la independencia. José Luis Romero en su libro sobre las ciudades latinoamericanas muestra el proceso de transformación de «las ciudades burguesas» (1880-1930):<sup>2</sup>

*«Creció y se diversificó su población, se multiplicó su actividad, se modificó el paisaje urbano y se alteraron las tradicionales costumbres y las maneras de pensar de los distintos grupos de las sociedades urbanas. Ellas mismas tuvieron la sensación de la magnitud del cambio que promovían, embriagadas por el vértigo de lo que se llamaba el 'progreso'.»*

Como explica Scobie, hacia las ciudades de la costa se revertían los beneficios de lo producido en el campo. Ellas, y sobre todo Buenos Aires, centralizaban el intercambio con el exterior, el comercio, la industria, las instituciones estatales y los servicios, el mercado consumidor, las posibilidades de intercambio social y cultural.<sup>4</sup>

En pocos años, Buenos Aires se transforma en una ciudad heterogénea, abigarrada, a la que se agregaban multitudinarios contingentes inmigratorios, generando un nuevo universo cultural, imprevisto para los que habían ideado el proyecto moderno. La novela **La Bolsa** de Julián Martel (1867-1896), escrita en la época de la crisis financiera y política de 1890, muestra el rostro de una ciudad tumultuosa, cosmopolita, mercantilizada, la ciudad de la especulación financiera y del rápido ascenso social, en la que aparecen nuevos sujetos sociales y en la que arribistas, especuladores, inmigrantes de las más diversas nacionalidades, expresan el nuevo tono de la vida urbana.

El país real no respondía al país imaginado o más bien la modernización no lograba evitar sus efectos no esperados ni lograba borrar la historia, la memoria cultural. Los inmigrantes -el 49% del total de la población de Buenos Aires en 1914- no eran los imaginados «paladines» de la civilización que -según la utopía liberal- salvarían al país de la «barbarie nativa» sino eran -en su mayoría- los «desterrados» de los países más pobres de Europa. Muchos de ellos -anarquistas, libertarios y socialistas- fueron pioneros en la organización y lucha obrera y protagonizarían junto con los trabajadores criollos, las huelgas, atentados y manifestaciones que, a principios de siglo, fueron expresión virulenta de la lucha laboral y el enfrentamiento de clases.

Es probable, también, que la ciudad del Plata no debió parecer a muchos de los que llegaban la utópica ciudad con la que habían soñado. En esos años la historia de muchos inmigrantes es la historia de la dificultad de acceso a la propiedad de la tierra; el fracaso y el viraje de retorno del campo a las ciudades o al país de origen, del hacinamiento en los inquilinatos o conventillos urbanos y es también, la historia del cruce y el mestizaje cultural. En un sainete criollo en el que Alberto Vacarezza describe la fórmula del género, queda registrado en tonos costumbristas este espacio de encuentro, de mezcla de conflictos e identidades diversas:

*«Un patio de conventillo, / un italiano encargado, / una percanta, un vivillo, / un yoyega retobado, / dos malevos de cuchillo, / un chamullo, una pasión(...)» y «debajo de todo esto, / debe el sainete tener / rellenando su armazón / la humanidad, la emoción, / la alegría, los donaires / y el color de Buenos Aires / metido en el corazón».*<sup>4</sup>

En «Ciudades ‘periféricas’ como arenas culturales» Richard Morse muestra que el proceso de modernización no es en la periferia un reflejo mimético de lo que ocurre en los países centrales sino más bien es el registro de las resistencias, los desplazamientos que dislocan la inspiración modernista al mismo tiempo que la asimilan. Las ciudades latinoamericanas para Morse «más que arenas de triunfo y trascendencia, serían arenas de acomodación y resistencia bajo la sombra de una autoridad influyente, aunque no omnipotente».<sup>5</sup>

En las márgenes, en los bordes, en las hendidias del proyecto modernizador aparecen las heterogeneidades, las diferencias, los cruces y la constitución de nuevas identidades culturales; aparecen también las formas de resistencia que los enfrentan o transmutan. Es un síntoma de estos desplazamientos el que la historia del gaucho rebelde y perseguido -gaucho que como habíamos visto, la modernización tiende a marginar- se constituya en la matriz narrativa que alimentará el imaginario colectivo popular desde fines de siglo y hasta bien avanzada la década del '30.

El nuevo público lector resultado de la estrategia de modernización que redujo en 30 años el analfabetismo a un 4% entre los menores de 13 años -como explica Adolfo Prieto<sup>6</sup>- no se volcó hacia el circuito de la cultura letrada sino hacia la prensa periódica que creció al ritmo de los nuevos lectores y hacia nuevos escenarios y consumos culturales constituidos por el folletín y el libro popular, el espectáculo circense, el teatro, el cancionero y los círculos criollistas y, más tarde, el radioteatro.

Los folletines de Eduardo Gutiérrez (1851-1889) establecieron la matriz de este imaginario y el protagonista -un gaucho perseguido por la justicia- era una expresión del proceso de simbolización por el cual personajes y casos, reales o de ficción (bandidos rurales como Juan Moreira, Pastor Luna, Bairoletto, Mate Cocido) aparecían en leyendas, coplas, en la literatura y el teatro expresando latentes sueños populares de justicia y reivindicación social. La presencia fragmentaria de la historia social en el género, se expresaba en un relato que bordeaba el anacronismo: la presencia del gaucho rebelde y perseguido, de paisajes y costumbres campesinas aparecen como referentes de viejos valores ante la transformación o disgregación de los actores y escenarios rurales.

Ahora bien: ¿quiénes eran los lectores y espectadores que consumieron esos relatos criollistas por un largo periodo de nuestra historia narrativa? ¿Por qué frente a la fragmentación cultural que acompaña a la modernización de los sectores populares, la represión de la protesta y el conflicto expresado en las luchas sociales, aparece un relato congregador que intenta míticamente reconstruir o afirmar una identidad en conflicto? ¿Por qué a la modernidad se le cruza en nuestros países un imaginario que se construye con pequeños retazos de la memoria, la tradición, lo que queda en los márgenes de ese proyecto moderno y que se resiste a morir?

Muchos de los espectadores y lectores de estos relatos eran gente de campo o migrantes internos que habían arribado recientemente a la ciudad, otros eran gente de ciudad que había vivido la experiencia de la modernización de un país hasta entonces volcado hacia el interior rural, otros, finalmente, eran los inmigrantes. El relato gauchesco sirve para algunos como modelo para la afirmación de una identidad que se transforma. «Testigos de la disolución del mundo campesino o memoriosos del desarrai-

go, esos lectores debieron encontrar en el paisaje, las costumbres y los personajes evocados por Gutiérrez (...) el reaseguro necesario para un sentimiento de identidad fuertemente sacudido por los cambios»<sup>7</sup>. Para los otros, para los inmigrantes -como dice Rivera- estas historias fueron vehículos de transculturación al transferirles valores y experiencias -muchas veces idealizadas o mitificadas- de la tradición cultural criolla.<sup>8</sup>

## MODERNIDAD EN EL TIEMPO DE LAS COMPUTADORAS

*«Nadie puede decir lo que serán los valores de una nueva sociedad o crearlos en su lugar. Pero nosotros debemos contemplar 'con sobriedad de los sentidos' lo que es, perseguir las ilusiones, proclamar con firmeza lo que queremos. Salir de los circuitos de fabricación y difusión de los tranquilizantes en espera de poder romperlos».*

C. Castoriadis

Se trata de pensar la modernidad en este tiempo en el que las tecnologías teleinformáticas rediseñan el escenario transnacional, en el que una nueva lógica económica e instrumental tiende a reordenar los espacios sociales, la cultura urbana, las experiencias y sensibilidades.

Asistimos, por una parte, a un nuevo proyecto modernizador: «El viejo paradigma de dominación -dice Juan E. Vega- ha sufrido el serio embate de las teologizaciones neoconservadoras del 'libre mercado', de la 'privatización', de la 'seguridad nacional', de la 'ciencia económica', de la 'neutralidad tecnocrática', etc. Y todo ello en nombre de una cierta 'modernización' (para recordar: las modernizaciones de Pinochet).»<sup>9</sup>. Nuevo proyecto fundacional que se da en el marco de la crisis y fragmentación de la estructura social. Nuevo intento de borrar la memoria y de promover el «desarrollo», la lógica del consumo, la «expansión ilimitada del dominio 'racional' (técnica, ciencia, producción, organización como fines en sí)»<sup>10</sup>. Pragmatismo y eficientismo de la vida y la política.

Como explica Landi, los cambios en el país desde 1976 han modificado «las condiciones de la lucha política y discursiva» y la cultura laboral. En un nivel, entra en crisis el modelo de industrialización y se inicia el achicamiento de la clase obrera con la reducción de la industria manufacturera, el crecimiento del sector social que se halla en situación de extrema pobreza (9 millones de personas según se calcula); en el otro, se debilitan las doctrinas partidarias, entran en crisis las utopías sociales y políticas y surgen nuevas demandas articuladas en los movimientos sociales (de derechos humanos, barriales, de mujeres, juveniles)<sup>11</sup>. Es ésta una época de crecimiento de la diversidad y la multiplicidad de actores y de expulsión de amplios sectores de la población a la marginalidad social.

Algunas escenas urbanas muestran aspectos del cambio. Subo por el túnel del subterráneo hacia la ciudad y en mi camino me acompaña el pedido de los mendigos; en la calle Florida -al anochecer- un grupo hace música del altiplano, otro brasileña, un viejo cantor de tangos evoca la nostalgia de otra época, un espiritista, el dueño de un organito y su cotorra que ofrece la tarjeta de la suerte, un mimo que arma su escenario callejero -todos ellos en el trayecto de tres cuadras- ofrecen sus espectáculos a los que pasamos y a los turistas. En San Telmo y otros lugares se expresa la cultura del «**tetra brik**» nombre del envase de cartulina que un sueco creó para evitar la polución y que en Buenos Aires permite a los jóvenes emborracharse e incluso mezclar pastillas con el alcohol.<sup>12</sup> Algunos en esta ciudad no ven nada de esto desde las oficinas de la City o la intimidad del country privado. Sin embargo, el trabajo «cuenta propia», la mendicidad que rinde más que el salario mínimo, los niños que venden o piden en los trenes, en las estaciones, todo este nuevo mundo que ha llegado al centro de la

ciudad, se ha incorporado a la vida cotidiana, tiende a naturalizarse. «(...) La presencia de la pobreza y del pueblo en América Latina aparece en ascenso, en expansión espectacular y no es posible hacer referencia a ellos como algo **ad later**, externo, periférico. El pueblo y la pobreza generalizada invaden el centro de las sociedades latinoamericanas, toman la vía pública, los cruceros más transitados, las plazas, el campus, las oficinas relacionadas con la gestión social»<sup>13</sup>. Nuevos actores sociales, subculturas, movimientos, que transforman las ciudades, las tradiciones e identidades.

La dualidad económica y socio-cultural se manifiesta en los consumos, las experiencias, la vida cotidiana, la industria cultural. Cambios culturales que se vinculan también con el nuevo escenario de medios y tecnologías que tiende a modificar los espacios urbanos y los procesos de comunicación y participación social. Así como el impulso modernizador de fines del siglo XIX había rediseñado el territorio de la Nación y la arquitectura urbana, en estos años aparecen nuevos espacios y dispositivos de comunicación (o incomunicación) que modifican la cultura masiva, las formas de percepción, las sensibilidades.

En la cultura massmediática los escenarios masivos que se construyeron en los años '30 y '40, tienden a transformarse o desaparecer expresando uno de los niveles de la mutación del espacio público y de la segmentación de la vida social.

La cultura de la radio había constituido en aquellos años, un mundo en el que confluían la información y sobre todo el entretenimiento y en el que se cruzaban los relatos y los espectáculos que habían configurado el imaginario popular desde fines del siglo XIX. En la radio se encontraban los héroes del folletín y la novela popular, junto con las historias que la industria cultural había difundido a nivel mundial a través del cine norteamericano y la literatura de masas. Pero además, la radio de esa época interconectaba -de una manera que no había logrado la prensa- el espacio nacional.<sup>14</sup> Las migraciones internas eran, por entonces, el resultado de la crisis del '30 y la de las economías regionales, pero también de la imagen de la ciudad que presentaban la radio y el cine. Por otra parte, los provincianos que confluían a las grandes ciudades del litoral y sobre todo, a Buenos Aires, ocupaban espacios simbólicos antes reservados a la burguesía, lugares de la ciudad, espacios en los medios, en la canción popular, en historietas como «Buenos Aires en camiseta» de Calé<sup>15</sup>. La masificación de la ciudad se expresaba en la masificación de la política. Eran años -como dice Landi- en que «amplios sectores laborales salían de la situación de marginalidad simbólica con que estaban representados (o negados) en la visión conservadora»<sup>16</sup> y salían de esa marginalidad en los lugares de encuentro y socialización en los que se construía la nueva identidad de esos sectores: la Plaza de Mayo, el sindicato, la fábrica, los lugares de diversión, los medios masivos, el discurso político.

Hoy los cambios en la sociedad y en la política se expresan también en la transformación de lo masivo y en los consumos culturales. Las nuevas mediaciones tecnológicas acentúan algunos rasgos de la sociedad y la cultura de época. Los escenarios masivos y los espectáculos tienden a modificarse. Las grandes salas de cine del centro -obras monumentales de la arquitectura del '40- entran en crisis, se transforman en microcines o multicines y el público se recluye en sus casas al amparo del televisor o de la videocassetera. También se vacían los cines de barrio o de las pequeñas ciudades y el público gusta mirar los espectáculos o los partidos de fútbol por televisión, medio que tiende a devorar todos los espectáculos, a sacarlos de la calle, del ámbito de la interacción, del encuentro entre la gente, lugar público en el que se cruzan las diferencias, donde encontramos los rostros de los otros. El espectáculo audiovisual, descorporizado, culmina -como dice González Requena- el divorcio entre el espectáculo y la calle que había instaurado la escena italiana burguesa «negación de todo desorden carnavalesco,

apresamiento en espacios cerrados y fácilmente controlables y conversión de la calle en mero espacio de tránsito y no ya en lugar de interacción»<sup>17</sup>.

Por otra parte, se advierte una tendencia a la segmentación de los consumos y a la fragmentación de los públicos entre los que tienen acceso a un equipamiento diversificado y costoso (videocable, videocassetera, diarios, revistas, cine y computadora personal) y los que reducen su consumo de medios a la radio y a la televisión y a contactos poco frecuentes con diarios y revistas<sup>18</sup>. También se acentúa la tendencia a la privatización de los consumos, la posibilidad de selección privada de información y entretenimiento. «Periódicos electrónicos personalizados», una «televisión personalizada» que ofrece al receptor sólo aquello que le interesa y agrada, anuncian los investigadores del Laboratorio de Medios de M.I.T.<sup>19</sup>, la computadora presentará «a medida» esa información promoviendo un acceso más eficiente e instrumental pero también, una aproximación a la realidad, segmentada, descontextualizada<sup>20</sup>. El dispositivo técnico elimina la deriva, el azar, elimina el desorden de lo real y la aventura de establecer relaciones inesperadas y novedosas con los hechos, los datos, los signos y muestra esa realidad.

*«Lejos de definir espacios comunes, las nuevas tecnologías, fragmentan y desmultiplican el espacio de la sociedad, lo serializan; a imagen de lo que ocurre en las cabinas porno crean compartimentos estancos de comunicación en los que cada sujeto se vuelve maquínicamente destinatario exclusivo del mensaje y, por delegación, (re)creador del mismo. Sintoniza perfectamente con una nueva forma de narcisismo social. Espacio de todos y de nadie»<sup>21</sup>*

En esta dirección parecería que el dispositivo técnico de los nuevos medios y tecnología están produciendo cambios en las experiencias y formas de percepción, en las subjetividades, en los hábitos cotidianos, en las formas de sociabilidad y participación, en las relaciones sociales: los videogramas en los que el juego antes esencialmente interpersonal o grupal, se transforma en la competencia entre el hombre y la máquina; el walkman que como dispositivo impone el consumo solitario, parece ser un índice de formas de percepción o de conductas autistas; cambios técnicos y cambios culturales que acentúan la privatización.

Sin embargo, ¿qué es lo que hoy pasa en los márgenes, en las orillas, en las hendiduras de esta nueva racionalidad, de esta nueva época de modernización que pareciera indicar más bien la «explosión» de lo diverso? En esos márgenes otros mundos o micromundos parecen transcurrir, otros espacios en los que no aparecen todavía relatos congregadores, sólo la expresión de la divergencia, de lo que no calza en el modelo, de lo que se escurre, se escapa; de los múltiples escenarios y relatos en los que se expresa hoy la cultura urbana: los espacios de las discotecas y las bailantas, del rock y de los cuartetos de la Mona Jiménez; de la gente que invade los supermercados y los que ocupan terrenos en los suburbios de las ciudades, de los que nos negamos a perder la memoria, de los que todavía soñamos con el «hombre nuevo» y en un mundo más justo. «No habrá transformación social radical, nueva sociedad, sociedad autónoma -dice Castoriadis- más que por y en una nueva conciencia histórica, que a la vez implique una restauración del valor de la tradición y otra actitud frente a ella, otra articulación entre ésta y las tareas del presente-porvenir».

## NOTAS

1. HOBBSBAWN, E.; en *Rebeldes primitivos*, 1974 y en *Bandidos*, 1976. Señala que el bandolerismo social es un fenómeno universal y uniforme que, más allá de sus variaciones regionales, se da en todas las sociedades campesinas en la etapa de desintegración de la organización tribal y familiar y en la transición al capitalismo agrario. Cuando no existen en el mundo

rural otras formas de organización política, el bandido se convierte en símbolo de la resistencia del mundo tradicional frente al nuevo orden económico y social y de la defensa o venganza del campesino frente a las nuevas relaciones de poder.

2. ROMERO, José Luis; *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*; Siglo XXI; 1976; p. 247.
3. SCOBIE, James; *Revolución de las pampas*. Historia social del trigo argentino 1860-1910; 1982; p. 204. Sobre estos temas también ha publicado Buenos Aires. Del centro a los barrios (1870-1910); 1977.
4. VACAREZZA, Alberto; *La Comparsa se divierte* (1932).
5. MORSE, Richard; «Ciudades ‘periféricas’ como arenas culturales» (Rusia, Austria, América Latina) en *Cultura urbana latinoamericana*; CLACSO; 1985.
6. PRIETO, Adolfo; *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*; Ed. Sudamericana; 1988.
7. PRIETO, Adolfo; op. cit. pág. 98.
8. RIVERA, Jorge; «El folletín» en *Historia de nuestro pueblo*; 1982.
9. VEGA, Juan E.; «Signos y designios en la sociedad latinoamericana» en *Imágenes desconocidas, la Modernidad en la encrucijada postmoderna*; CLACSO; 1988; p. 27.
10. CASTORIADIS, Cornelius; «Transformación social y creación cultural» en *Punto de Vista* N° 32; abril-junio 1988.
11. LANDI, Oscar; *Reconstrucciones - Las nuevas formas de la cultura política*; Punto sur; Buenos Aires; 1988; p. 60 y 126.
12. CAPALBO, Daniel; «La cultura del tetra brik»; *Página 12*; octubre 1989.
13. ZARMAÑO, Sergio; «La post-modernidad explicada desde América Latina» en *Imágenes desconocidas*; p. 185.
14. La creación de cadenas de emisoras (en 1926 radio Belgrano instala filiales en las principales ciudades del interior y en 1927 se crea la Red Argentina de Emisoras Splendid, con 18 filiales), la modernización tecnológica (en 1935 se funda radio El Mundo, «la más moderna y potente emisora de Latinoamérica») y la expansión de la audiencia (de mil receptores en 1922 a 1,500,000 en 1936) da cuenta de la difusión nacional del medio.
15. «Buenos Aires en camiseta» de Calé (Alejandro del Prado) se publica en la revista *Rico Tipo* desde 1951.
16. LANDI, O.; Crisis y lenguajes políticos; Buenos Aires; 1982; p. 30.
17. GONZALEZ REQUENA, Jesús; «Introducción a una teoría del espectáculo» en *Telos* N° 4, Madrid; Oct-dic. 1985; p.41.
18. Heriberto Muraro hace referencia a este proceso de fragmentación de la audiencia en «La comunicación masiva durante la dictadura militar y la transición democrática en la Argentina, 1973-1986» en LANDI, Oscar (comp), *Medios, transformación cultural y política*, Buenos Aires, 1987. También Jesús MARTIN BARBERO plantea este tema en «Innovación tecnológica y transformación cultural», en *Telos* N° 9, Madrid, 1987.
19. BRAND, Stewart; *El laboratorio de medios*; Buenos Aires, 1988.
20. Cf. BELL, Daniel; «Gutenberg y la computadora» en *Vuelta* N° 17, dic. 1987-enero 1988.
21. IMBERT, Gérard; «No man’s land: los mass media como tierra de nadie» en *Telos* N° 8, dic. 1986-feb. 1987.